

DON JUAN VALERA, CRÍTICO DE LA POESÍA BRASILEÑA

Concha Piñero Valverde
 Universidad de São Paulo - Brasil

La breve residencia en Brasil como diplomático, entre 1851 y 1853, asumió en la vida de don Juan Valera una importancia singular. Los tiempos vividos en Río de Janeiro lo llevarían a encontrarse con la cultura iberoamericana, desde entonces tema privilegiado de su pensamiento y de su obra. Como imperio independiente desde 1822, pero gobernado por la misma casa reinante en Portugal, Brasil lo impulsaría, además, a profundizar la reflexión sobre la comunidad de orígenes de los pueblos ibéricos y americanos. Por los lazos no sólo dinásticos sino también amistosos que mantenía con su antigua metrópoli peninsular, Brasil ofrecía un modelo sin par de iberoamericanismo. Casi diez años después de dejar aquel país, Valera señalaba la amistad luso-brasileña:

«El Imperio del Brasil, separado políticamente de la metrópoli, se une a ella con lazos más estrechos de amistad y de comercio que a España sus antiguas colonias de América».¹

Ya en las primeras décadas de nuestro siglo el crítico portugués Fidelino de Figueiredo, estudiando lo que denominaba de «lusofilia» de Valera, concluía que la atención de Valera hacia Portugal se había despertado precisamente en Río de Janeiro. De tal lusofilia, en las palabras de este crítico, Brasil debió ser la «porta de entrada»². Por cierto que no se puede olvidar la anterior estancia de Valera en Lisboa, ciudad a la que más tarde habría de volver. Tampoco se puede desconocer que ya en 1850 había escrito un poema «A Cristóbal Colón», donde se manifiesta la atención hacia los temas americanos. Sin embargo, hay que decir también con Fidelino de Figueiredo que, sin la experiencia brasileña, el pensamiento iberista y americanista de don Juan estaría privado de una dimensión esencial.

El encuentro con Brasil fue, pues, para Valera la primera ocasión de experiencia de vida en el continente americano. La carrera diplomática lo llevaría mucho más tarde a Washington, pero Brasil fue el único país iberoamericano del que logró

1 Juan Valera, «España y Portugal», en *Obras Completas*, (OC), t. III, Madrid, Aguilar, 3a. ed., 1958-1961, p. 686.

2 Fidelino de Figueiredo, «A lusophilia de D. Juan Valera», *Revista de História*, XV, nºs. 57 a 60, 1926, p. 287.

alcanzar conocimiento directo. Fue allí donde Valera encontró ocasiones privilegiadas de conocimiento de hombres hispanoamericanos, diplomáticos o viajeros, que le facilitaron aproximarse a la cultura de los países americanos de lengua española. La vida en Brasil ofreció, por tanto, a Valera elementos de reflexión y creación. Elementos que, en diferentes ocasiones y perspectivas, reaparecen en sus páginas, ya sea en las cartas, ya sea en los ensayos o en las novelas, como en *Genio y Figura* (1897) y *Morsamor* (1899). Al examen de la presencia brasileña en los escritos de Valera ya hemos dedicado otras reflexiones. Ahora intentaremos resaltar solamente algunos aspectos de la experiencia del escritor como uno de los primeros críticos de la entonces naciente literatura brasileña.

De los españoles del siglo XIX quizás ningún otro autor, como don Juan Valera, haya buscado acercarse a las literaturas de lengua portuguesa, idioma que conocía bien. Todavía muy joven, de paso por Lisboa, así escribía a su madre:

Leo algunos libros portugueses y procuro aprender el idioma lo más pronto posible.³

En la raíz de éste, como de otros tantos intereses de su vida intelectual se hizo sentir la influencia de un amigo. Nos referimos a don Serafín Estébanez Calderón, que intuía en el joven diplomático cualidades de gran escritor. Incitándolo a cultivarlas, le recomendaba la lectura de los clásicos españoles, añadiendo luego estas palabras:

Y a propósito le diré, si es que ya no ha caído en ello, lo útil que nos es la lectura de los buenos prosadores portugueses. Los *lusismos* sientan maravillosamente en nuestra lengua: son fruto de dos ramas de un propio tronco que se ingieren recíprocamente para salir con nueva savia y no desmentido sabor.⁴

Muchos años más tarde, Valera transmitiría a otros escritores de lengua española las lecciones de Estébanez Calderón, exhortándoles a

incurrir en *portuguesismos*, lo cual, más que dar a nuestros escritores un colorido extranjero, les prestaría cierto perfume de castiza sencillez, y de aquella gracia primitiva, y de aquel candor que ya tuvo y va perdiendo nuestro idioma.⁵

Al favorecer la lectura de textos en portugués, don Juan seguramente pensaba también en las páginas de los brasileños, de quienes atestiguaba:

en el corte y giro de la frase conservan la forma y manera de los antiguos clásicos portugueses, y ni en los periódicos, ni en los discursos parlamentarios, ni en los pocos libros en prosa que hasta ahora se han escrito en el Brasil, se notan tantos galicismos como en los nuestros.⁶

3 OC t. III (12/10/1850), p. 43.

4 Carta de Estébanez Calderón a Valera, del 16/4/1851, cit. por Manuel Azaña, «Valera en Italia», en *Ensayos sobre Valera*, ed. de Juan Marichal, Madrid, Alianza Editorial, 1971, p. 127.

5 *España y Portugal*, OC, t. III, p. 692.

6 Juan Valera, *De la poesía del Brasil*, (PB), en OC, t. II, p.35.

Las primeras noticias directas de don Juan Valera sobre la actividad literaria en Brasil remontaban probablemente a su encuentro en Lisboa, en marzo de 1851, con Francisco Adolfo de Varnhagen, futuro vizconde de Porto Seguro. Hacía entonces algunos años que este diplomático brasileño realizaba investigaciones en archivos españoles por incumbencia del gobierno de su país. Pasó en seguida a secretario de la legación brasileña en Madrid. Al encontrarse con Valera había ya publicado obras importantes sobre los escritores de su país. Una de ellas, el *Florilégio da Poesia Brasileira*, se había editado justamente en Lisboa, un año antes, en 1850.

Al principio Valera encaró con restricciones al diplomático brasileño. Le pareció hombre de innegable inteligencia, pero no alguien que pudiese gozar en su país de concepto como investigador. Las palabras con que lo recuerda, en una carta a Estébanez Calderón, indican que al llegar a Río de Janeiro le pareció exagerada la fama de Varnhagen entre sus compatriotas. Dice la citada carta:

Pasa aquí este señor por un pozo de ciencia; saque Vd. por el hilo el ovillo de las sabidurías brasileñas. No es esto decir que yo crea a Varnhagen un camueso, todo lo contrario: pero nunca me di a entender, a pesar del *Florilégio*, ni tuve, hasta mi llegada a esta ciudad, la más leve sospecha de que era sabio de oficio, sino *dilettante* a lo más.⁷

A pesar de esa primera impresión desfavorable, Valera, con todo, no dejó de conocer y consultar los trabajos del brasileño. Además de hacer referencia en las cartas a sus publicaciones sobre la historia de Brasil⁸, indica la antología organizada por Varnhagen como una de las fuentes de su estudio sobre la literatura brasileña, como veremos más adelante.

Aunque se debe señalar este encuentro como importante, sin embargo, fue la observación directa la principal fuente de reflexiones de Valera acerca de los escritores brasileños. Sus informaciones literarias sobre Brasil no aumentaron substancialmente después de su salida del país. Tanto es así que los nombres a los que se refiere en las cartas enviadas desde Río de Janeiro son los mismos que divulga en el ensayo de 1855, y aún los mismos a los que alude en *Genio y Figura*. El renombre de los grandes novelistas brasileños surgidos en seguida después del regreso de Valera a España, como José de Alencar y Machado de Assis, no parece haber llegado a sus oídos.

Fue, pues, durante el tiempo en que vivió en Río de Janeiro cuando Valera encontró ocasión propicia para conocer a algunos de los escritores brasileños y leer los libros que iban publicando. Fue también entonces cuando inició una importante reflexión sobre la identidad poética de los pueblos americanos, reflexión que expone en una carta enviada desde Brasil a Heriberto García de Quevedo y que nos ocupará más adelante.⁹

7 Correspondencia *Juan Valera - Serafin Estébanez Calderón (1850-1858)*, (VEC), ed. de Carlos Sáenz de Tejada Benvenuti, Madrid, Moneda y Crédito, 1971, (12/8/1852), p. 175.

8 VEC, 12/2/1853, p. 186 y 9/3/1853, p. 187.

9 *Correspondencia* (1/5/1853), OC, t. III, p. 55.

Pero antes de la reflexión vino, como es natural, la simple lectura. A Valera le interesaba en particular la poesía. Su primera carta dirigida desde Río de Janeiro a Estébanez Calderón aludía jocosamente al gran número de los que componían allí versos, y nombraba a dos de los principales poetas brasileños:

De poetas hay por aquí un enjambre, y algunos buenos: Magalhães que está ahora en Nápoles de Ministro, y Concalves Díez [sic, por Gonçalves Dias] son los mejores; pero en particular este último, que ha sabido dar a sus composiciones la novedad, el primor, las galas, del país en que nacieron, y la vida y el fuego de este clima.¹⁰

La observación en cuanto a la escasez de verdaderos poetas brasileños reaparece en otra carta, en términos aún más severos:

[...] la Poesía falta: y aunque hay infinitos copleros, no sólo no saben hallarla en el mundo de las ideas sino que ni siquiera la ven en este hermosísimo Mundo visible, que tienen delante.¹¹

Ya en *De la poesía del Brasil*, aunque el autor vuelve a señalar con cierta sonrisa que «apenas hay en el Brasil personaje [...] que no haya dado ni continúe dando culto a las musas»¹², a pesar de ello, lo que expresamente encontraremos es la confesión del autor de que, en la poesía, el pueblo brasileño ostentaba la primacía entre los americanos. Lo que se acaba de decir, además de lo que quedó apuntado en cuanto a Varnhagen, nos permite afirmar que, en general, el ensayo de 1855 profundiza y suaviza, e incluso corrige, algunos juicios emitidos en la correspondencia. ¿Sería ésta, entonces, una fuente más auténtica del pensamiento de Valera sobre los escritores de Brasil? La cuestión se nos figura más bien compleja.

De hecho, conviene subrayar en seguida la nota jocosa, siempre presente en el joven Valera, particularmente en esta correspondencia. El mismo autor reconoce que la tentación de provocar la risa lo lleva a veces a contemplar la realidad con ojos burlescos. Aquí estaría lo que ya se denominó de «mirada deformadora» del escritor andaluz¹³. Basta leer unas líneas remitidas a Estébanez Calderón para darnos cuenta de que el propio Valera tenía plena conciencia de sus disposiciones burlescas. Dice él al amigo con el que se correspondía:

no cuento, por lo general, sino burlas, pudiendo tocar varios puntos graves y hasta poéticos en honra de Brasil.¹⁴

Además de ese empeño en provocar la risa, hay que considerar lo que quedó dicho acerca del trabajo de reflexión emprendido por Valera, al mismo tiempo que

10 VEC, 13/2/1852, p. 165.

11 VEC, 8/4/1853, pp. 197-198.

12 PB, p. 44.

13 Manuel Bermejo Marcos, «De las inimitables cartas de don Juan Valera», en *Juan Valera*, ed. de Enrique Rubio Cremades, Madrid, Taurus, 1990, p. 132.

14 VEC, 9/3/1853, p. 194.

leía a los nuevos escritores. De modo general, puede notarse que don Juan partía de criterios fundamentalmente «eurocéntricos», tal vez incluso de inspiración neoclásica, en el primer contacto con las letras brasileñas. Ya se ha visto, por ejemplo, que él elogiaba los periódicos de aquel país por el apego a la tradición castiza en el lenguaje y por la ausencia de galicismos. Por otro lado, en el ensayo de 1855, como se dirá, el valor de los escritores brasileños se considerará tanto mayor cuanto mayor haya sido su afirmación de identidad nacional ante la literatura de la antigua metrópoli. No será del todo equivocado pensar, por tanto, que haya habido en Valera una evolución de posiciones que desplazó el eje de sus criterios de Europa a América. Tal evolución se debió a las reflexiones emprendidas en Brasil y de ella el ensayo de 1855 sería un elocuente documento.

Sea como fuere, la primera noticia literaria comunicada por carta poco después de su llegada a Río de Janeiro destaca, entre «un enjambre» de poetas, el mérito de Magalhães y de Gonçalves Dias. En esta noticia se encuentra en germen la futura exposición sistemática de don Juan Valera sobre la poesía de Brasil. Los poetas expresamente mencionados en aquella carta, como desde muy pronto intuyó don Juan, se confirmaron como nombres fundamentales en la historia de la literatura brasileña.

La obra lírica de Gonçalves de Magalhães, (1811-1882) introdujo en 1836 el Romanticismo europeo en Brasil. Veinte años más tarde, su poema épico de tema indígena, *Confederação dos Tamoios*, provocó la polémica iniciadora de la reflexión sobre el carácter nacional de la poesía brasileña. Gonçalves Dias (1823-1864), aún hoy muy popular en su país, fue uno de los mayores representantes de la poesía romántica en Brasil. Creó, entre otras obras, el *Gigante de Pedra*, cuya lectura sugirió a Valera la imagen de los 'titanes fulminados', en unos versos de 1852 que evocan las montañas del golfo de la entonces capital de Brasil.¹⁵

Un nuevo juicio sobre los poetas brasileños se encuentra en otra carta de Valera, escrita en los últimos meses de su permanencia en Río de Janeiro:

Poetas, poniendo aparte los antiguos con el respeto
que se les debe, no valen mucho los demás. Porto Alegre,
Magalhães, Gonçalves Dias y Octaviano son los que ahora
privan; pero no se ha de decir que compiten con los de nuestra
raza, y lengua, cuyas obras andan impresas y coleccionadas en
la *América* poética.¹⁶

Hay que destacar algunos puntos importantes en esas palabras. Los «antiguos» a los que se refiere Valera son los épicos brasileños del siglo XVIII, Santa-Rita Durão y Basílio da Gama, ambos formalmente vinculados a la tradición del clasicismo portugués. Sus poemas algunas veces se mencionan en esta correspondencia. El «respeto» con que el autor los distingue llamándolos de «antiguos» es relativo, pues Valera no

15 VEC, 12/8/1852, p. 172.

16 VEC, 9/3/1853, p. 188.

deja de burlarse de algunos versos de Durão¹⁷. Y en todo caso tal «respeto» sería otro indicio de ciertos resquicios de neoclasicismo en el gusto del escritor. Tanto más que, al examinar tales poetas en el ensayo de 1855, Valera los elogiará por otro motivo, o sea, o por haber sido precursores de la literatura de temática brasileña, o por acercar el mundo indígena a sus poemas épicos. Por otro lado, el juicio aparentemente severo de esa misma carta, en relación a los románticos brasileños, se contrarresta por la perspectiva innovadora del análisis. Ante todo, los poetas brasileños se comparan con los hispanoamericanos y no con los portugueses. Era absolutamente original el criterio de evaluación, cualquiera que fuera su acierto. Obsérvese, también, que un año después de haber dado la primera noticia sobre la literatura de Brasil se añaden nuevos nombres a los ya conocidos, Francisco Otaviano (1825-1889) y Araújo Porto Alegre (1806-1879), quien llegará a ser el preferido de Valera. Así que don Juan no había dejado de conservarse atento a la vida literaria del país donde se encontraba.

De cualquier forma, quien se limite a la lectura del epistolario difícilmente supondrá que sobre dichos escritores, sumariamente mencionados, Valera escribiría un largo ensayo nada más salir de Brasil. Y es con este texto, *De la poesía del Brasil*, de 1855, con el que don Juan Valera se hace divulgador en España de la creación artística brasileña. El ensayo de 1855, además de contener el resultado de las lecturas hechas en Río de Janeiro, transmite las conclusiones de su pensamiento acerca de algunos problemas de la creación poética, problemas ya tocados, como se ha recordado, en una carta dirigida a Heriberto García de Quevedo.

Efectivamente, si en la citada carta ya asoma la cuestión del posible conflicto entre poesía y ciencia, entre mitos clásicos y mentalidad contemporánea, el problema ocupa lugar central en el ensayo de 1855. Tras una introducción general, donde se presenta el Brasil, y una notable introducción particular a la literatura del país, el ensayo retoma las cuestiones de incompatibilidad entre mito clásico y literatura moderna. Y lo hace con estas palabras:

Algo de la mitología americana puede, sin duda, servir de máquina a los modernos poemas escritos sobre cosas de América; pero, como el poeta no puede prestar fe a esta mitología, su uso debe circunscribirse harto prosaicamente. Los sucesos mismos del descubrimiento y la conquista, conocidos por la Historia hasta en sus más nimios pomenores, no se ajustan bien a la ficción épica, ni llegan a tomar sus gigantescas proporciones. Si Homero hubiese vivido en tiempo de Tucídides, Homero no hubiera escrito la *Iliada*.¹⁸

Las tradiciones americanas no se prestarían, por tanto, a «asunto de un poema»; cuando mucho «se puede esperar [...] que sirvan para escribir alguna leyenda o

17 VEC, 1/9/1853, p. 227.

18 PB, pp. 37-38.

romance». A los pueblos hispanoamericanos les faltaba aún «un duque de Rivas americano»¹⁹. Mejores resultados, sin embargo, habían alcanzado los poetas de lengua portuguesa:

En cuanto a los portugueses y modernos brasileños, ya sabemos que escogieron la forma épica para cantar las hazañas y casos americanos, que, contados así, más que poemas parecen crónicas o novelas rimadas, sin negar por eso que encierran mucha poesía, como ahora vamos a ver, aunque más bien esté la poesía en la belleza de las descripciones y en la novedad de los objetos que se describen, que no en los caracteres que se trazan, ni en los sucesos que se cuentan.²⁰

También en el Brasil de entonces se presentía el debate de la cuestión del papel de la herencia formal europea en una literatura que intentaba volcarse sobre temas americanos. Vale recordar que la poesía 'indianista' de Gonçalves Dias empezaba a buscar respuestas nacionales para la literatura del país. El ensayo de Valera incluye un extenso ejemplo de esa poesía²¹, y parece anticipar la polémica literaria que se trabaaría un año después entre los brasileños. Efectivamente, en 1856 publicaba Magalhães su *Confederação dos Tamoios*, donde cantaba un tema nacional (la lucha de los indios tamoyos contra los portugueses) en versos formalmente respetuosos de la tradición clásica.

En consecuencia estalla un ardiente debate en el que sobresale, como adversario del clasicismo poético, el hasta entonces desconocido José de Alencar (1829-1877). Futuro novelista del Brasil colonial e indígena, con *O Guarani* e *Iracema*, entre otras obras, Alencar escogería no ya el verso sino la prosa para tratar de temas americanos. Daría así a la literatura brasileña el rumbo certero previsto por Valera. Para éste, en su ensayo, como queda dicho, las epopeyas brasileñas tendían a la prosa, pues «más que poemas parecen crónicas o novelas rimadas» y su valor poético estaría precisamente «en la novedad de los objetos que se describen», esto es, en lo que encierran de específicamente americano.

Así se entiende por qué, al afirmar que «no es nuestro ánimo hacer una historia de la literatura brasileña», Valera deja de presentar a otros escritores de Brasil y, tras mencionar de paso a algunos poetas líricos, se detiene solamente en

tres poetas épicos [...] que, separándose más que los líricos de la imitación de los poetas de Europa, abrieron nuevo camino a los ingenios americanos y dieron origen a la moderna poesía brasileña, la cual, después de la proclamación del Imperio, ha tomado un carácter propio, y ha dado con algunos sazonados frutos la esperanza de otros mejores y más ricos.²²

19 PB, p. 38.

20 Ibidem.

21 PB, pp. 35-36.

22 PB, p. 37.

Nótese que los tres poetas épicos referidos son los mismos que en 1897 se recordarán en una de las páginas de *Genio y Figura*, como asiduos frequentadores de la casa de la «Generosa». Será oportuno releer sus palabras:

[...] Magalhaens, González Díaz y Araújo Porto Alegre [...] eran comensales de la casa, complaciéndose Rafaela en tratarlos y agasajarlos.²³

De los tres poetas, el que acaba conquistando la predilección de Valera es Araújo Porto Alegre, justamente el menos importante del grupo para la crítica brasileña actual. Mas no es difícil ver en tal predilección un atisbo de patriotismo literario de don Juan, pues en el ensayo de 1855 se exalta a Porto Alegre con admiración fervorosa, aunque no se le reconozca una obra enteramente conseguida. Son estas las palabras de Valera:

González Díaz es el más popular de todos los poetas brasileños; pero hay otro poeta mucho más grande y digno de memoria. Hablamos del señor Araújo Porto Alegre.

Este poeta es tan nuevo y tan extraordinario, así en sus bellezas como en sus defectos, que no creemos que hasta ahora haya nacido otro mayor poeta en el Brasil, y consideramos que sus obras solas merecen capítulo aparte y muy detenido examen. Araújo Porto Alegre es el poeta americano por excelencia y el que con más verdad y entusiasmo nos pinta y ensalza las grandezas y hermosuras de aquel Nuevo Mundo. En su poema de Colón canta, además, nuestras glorias, y las canta tan dignamente que sería ligereza de nuestra parte, y hasta irreverencia, el hablar de él como de paso, sin detenernos a examinar y ponderar todo su valor y merecimiento.²⁴

Es manifiesto, por tanto, que el crítico se deja llevar por la complacencia de hispanidad al dar la primacía al *Colombo* y a su autor en el panorama de las letras brasileñas de mediados del siglo XIX. En el panorama de las letras brasileñas y, por consiguiente, podríamos añadir americanas, como acabamos de ver, Porto Alegre es considerado «el poeta americano por excelencia». De cualquier modo, Magalhães, Gonçalves Dias y Porto Alegre forman para Valera la gran tríada que aseguraba a la poesía brasileña voz propia e inconfundible. En este enfoque la poesía brasileña se reconoce no sólo como autónoma frente a la poesía europea, y concretamente portuguesa, sino que se le reconoce valor precisamente en la medida de la afirmación de su autonomía, en la obra de aquellos poetas que «separándose [...] de la imitación de los poetas de Europa» lograron alcanzar nuevos resultados artísticos y así «abrieron nuevo camino a los ingenios americanos y dieron origen a la moderna poesía brasileña». Una poesía, pues, a la que Valera expresamente reconoce como

23 Juan Valera, *Genio y figura* (GF), ed. de Cyrus DeCoster, Madrid, Cátedra, 2a. ed., 1972, p. 108.

24 PB, pp. 44-45.

producción literaria autónoma digna de atención, no en cuanto más o menos sumisa a cánones europeos sino en cuanto persigue caminos propios y ofrece resultados artísticos nuevos, en el ámbito de la literatura universal.

El ensayo de Valera incluye, además, una amplia discusión cultural que plantea problemas étnicos, lingüísticos, artísticos en el examen de la literatura brasileña. Algunos aspectos de esa discusión pueden haber sido recogidos en fuentes que el mismo Valera menciona, como el ya citado Varnhagen. De cualquier forma, es particularmente notable su apreciación de la multiplicidad de los caudales formadores del arte brasileño, donde se exalta el valor original de la contribución del indio y del negro. Dice Valera:

Esta predisposición del pueblo brasileño a la poesía y a la música está en todas las razas de que el pueblo brasileño se compone. Los indios de todas las tribus eran y son músicos y poetas. [...] Los negros siguen hoy la propia costumbre de cantar constantemente durante el trabajo, y ellos mismos componen los versos rudos y la música monótona que cantan. [...]

Pero no hay duda en que, si no los negros, los mulatos son muy notables poetas en el Brasil, y en que los mejores poetas del Brasil son mulatos. Lo que prueba, a mi ver, que la raza negra es tan buena como la nuestra, salvo la diferencia de color y de civilización.²⁵

Poco después de la partida de Valera, Río de Janeiro empezaba a leer los primeros escritos de aquel que llegaría a ser el más célebre de los escritores brasileños y uno de los mayores prosistas de la lengua portuguesa: Machado de Assis, hijo de padre europeo y madre mulata. También aquí, por tanto, la previsión de don Juan encuentra plena confirmación.

Ya se ha aludido, en fin, a que el ensayo de Valera sitúa la poesía brasileña dentro del ámbito de la poesía universal. Es lo que se observa, por ejemplo, en las referencias a la Grecia clásica como punto de partida de algunas reflexiones sobre la originalidad de la épica brasileña. No se trata, con todo, de tomar la épica clásica -la de Homero o la de Camões- como parámetro de los poetas brasileños. Se trata, conviene repetir, de evaluar los resultados artísticos originales que puedan alcanzar. Y aquí se muestra otro aspecto notable del ensayo. De hecho, *De la poesía del Brasil*, al mismo tiempo que ofrece al lector copiosas muestras de autores brasileños, pone a su alcance una pequeña antología de la poesía iberoamericana. A la descripción del río Amazonas, en versos de Gonçalves de Magalhães, se siguen descripciones de otros paisajes americanos en los versos de Baralt, Heredia y Bello.²⁶

Con los escritores hispanoamericanos, pues, es con quien Valera prefiere comparar los brasileños. Recordemos también lo que quedó dicho al mencionarse sus

25 PB, pp. 34-35.

26 PB, pp. 32-33.

opiniones sobre los diferentes rumbos de la épica en la América de lengua española en Brasil. Tal aproximación, además, prosigue lo que se observaba en las cartas enviadas a Estébanez Calderón. Ya quedaron citadas las palabras de 1853, en que después de aludir elogiosamente a algunos poetas brasileños, Valera añadía que «no se ha de decir que compiten con los de nuestra raza y lengua, cuyas obras andan impresas y coleccionadas en la *América* poética»²⁷. Dos años más tarde, en el ensayo, se vuelve a comparar la situación de la poesía de los dos grupos de pueblos iberoamericanos, pero en esta ocasión el juicio de Valera se pronuncia a favor del

pueblo brasileño, maravillosamente dispuesto a admirar todo lo bello y lo sublime; [...] un pueblo artista y muy singularmente enamorado de la música y de la poesía, artes en que vence y sobrepuja a todos los otros pueblos americanos.²⁸

A lo que ya hemos expuesto sobre la evolución del pensamiento de Valera entre la correspondencia y el ensayo, hay que acrecentar, en este caso, otra razón que puede tal vez explicar la diferencia de juicios. Efectivamente, es posible entender que en este punto del ensayo el autor buscara una apreciación general de la poesía de los pueblos americanos, sobre todo en sus manifestaciones anónimas, mientras que en las cartas la apreciación se restringiría a la llamada 'poesía erudita', de matriz europea. Se puede también entender, y probablemente con más razón, que la maduración de la reflexión de Valera lo haya llevado a mayor estima de la poesía brasileña. Lo cierto es que no se puede atribuir a deseo de lisonja la opinión del ensayo. Después de su salida de Río de Janeiro, poco o nada podía esperar don Juan del gobierno de Brasil. Más lógico sería que buscara agradar a los hispanoamericanos, con los que mantuvo estrecho contacto (recuérdese el caso de Rubén Darío). Si es que tenía a la vista alcanzar la benevolencia de escritores americanos, ¿no le sería más ventajoso a un español, como Valera, confirmar la superioridad de los poetas de lengua española sobre los brasileños? ¿Por qué escribiría en 1855 que el pueblo del Brasil «vence y sobrepuja a todos los pueblos americanos en la creación poética», si continuaba persuadido de lo contrario?

Sea cual fuere la solución de esta dificultad, no hay duda de que Valera invita al lector de autores hispanoamericanos o brasileños a cotejarlos entre sí, más que con los escritores de sus antiguas metrópolis, y a evaluar, en esta confrontación mutua, el alcance de la originalidad de los poetas de América. En esta indicación del contexto iberoamericano como lugar privilegiado de análisis de la literatura brasileña, la posición crítica de don Juan parece absolutamente original.

Sería equivocado, por otro lado, ignorar las deudas de Valera con sus predecesores. Entre las fuentes que él mismo reconoce están los ya mencionados trabajos del brasileño Varnhagen: su antología poética, el *Florilégio*, y la edición de los poemas de Durão y de Gama (*Épicos brasileiros*). A tales obras se refiere Valera en una de sus cartas a Estébanez Calderón. Dice:

27 VEC, 9/3/1853, p. 188.

28 PB, p. 24.

Supongo que Varnhagen habrá regalado a Vd. su Florilegio. Los poetas épicos es de creer que los conocerá Vd. también.²⁹

Como se ha dicho, Valera juzgaba exagerada la fama otorgada a Varnhagen. No obstante en *De la poesía del Brasil* muestra aprecio por sus estudios. En las palabras de don Juan, el erudito brasileño

ha publicado [...] un rico florilegio de poesías brasileñas, con noticias históricas muy curiosas. El mismo señor ha escrito y acaso publique en España una muy erudita y elocuente historia general del Brasil.³⁰

La *História Geral do Brasil* fue, efetivamente, publicada y Valera la consultó más tarde para la redacción de otros escritos.³¹

Y volviendo a *De la poesía del Brasil*, don Juan, al tratar de los poemas épicos brasileños del siglo XVIII, una vez más alaba la edición de Varnhagen. Recomienda, según dice,

el libro titulado *Épicos brasileiros*, en el cual el señor don Francisco Adolfo Varnhagen ha publicado los dos poemas brasileños más notables del siglo pasado, *El Uruguay* y *Caramurú*, y los ha ilustrado con notas críticas e históricas.³²

No hay duda, pues, de que para redactar su ensayo sobre la poesía brasileña don Juan se valió de los estudios literarios de Varnhagen y de las ediciones de textos por él organizadas. Esto muestra, además, que su interés por la literatura brasileña no se limitó a la lectura de una u otra poesía o al conocimiento personal de uno u otro escritor. Valera procuró enterarse, de manera sistemática, de los primeros resultados del trabajo de crítica y de historiografía de la literatura brasileña. Tanto es así que *De la poesía del Brasil* menciona también a otros críticos brasileños, como a Pereira da Silva y a Joaquim Norberto.

Ya en las cartas a Estébanez Calderón se aludía al primero de esos críticos, aunque a Valera también le pareciera demasiada la importancia que le atribuían sus compatriotas. Para éstos la obra del crítico, *Parnaso brasileiro*, bastaría para asegurarle a su autor el nombre de nuevo Plutarco³³. Sin embargo, en el ensayo de Valera no sólo se menciona expresamente el *Parnaso brasileiro*, sino que se acogen algunas de sus posiciones. Eso ocurre, además, en un punto fundamental, o sea, el del criterio de la nacionalidad literaria de los escritores brasileños. Valera, como Pereira da Silva, entiende que no basta haber nacido en Brasil para caracterizar a un escritor como brasileño. La temática local tendría que manifestarse también en sus obras. Por eso el

29 VEC, 9/3/1853, p. 187.

30 PB, p. 36.

31 *La Atlántida*, OC, t. III, p. 976.

32 PB, p. 38.

33 VEC, 9/3/1853, p. 188.

ensayo de 1855 no toma en cuenta a los escritores que vivieron cuando las letras de Brasil en poco o nada se distinguían de las de Portugal. Léanse estas palabras de Valera:

Lo que es poetas brasileños, como dice el señor Pereira da Silva, lo eran sólo por el nombre y el acaso de haber nacido en el Brasil.³⁴

El mismo ensayo de don Juan menciona, aún, entre sus predecesores, el nombre de Joaquim Norberto de Sousa e Silva. Este escritor brasileño había publicado, en 1841, una obra titulada *Modulações poéticas*, donde se incluía un estudio sobre la literatura de su país. El mismo título de su estudio, «Bosquejo de história da poesia brasileira», lo indica como una de las fuentes de consulta del ensayo de don Juan. Este, además, da a Joaquim Norberto un lugar de cierto relieve. De hecho, su nombre es recordado al lado del francés Ferdinand Denis, el único crítico, fuera del ámbito luso-brasileño, que hasta entonces había reconocido cierto carácter específico a las letras de Brasil. Será oportuno releer las palabras de Valera:

Lo que es de la historia literaria, Ferdinand Denis ha escrito un compendio, y otro el conocido poeta brasileño Joaquim Norberto de Souza Silva.³⁵

El trabajo de Ferdinand Denis, publicado en 1826, se considera hoy en Brasil un marco fundamental de la historiografía literaria del país. Esto porque Denis, por primera vez, deja de tratar simultáneamente de los escritores portugueses y brasileños (como antes de él había hecho, por ejemplo, Sismondi, en la *Histoire des littératures du Midi de l'Europe*). Denis, como se decía, distingue en su estudio ambas literaturas de lengua portuguesa, cuidando sucesivamente de los escritores europeos y americanos. El título de su obra es significativo: *Résumé de l'histoire littéraire du Portugal suivi du résumé de l'histoire littéraire du Brésil*. Para una reciente estudiosa de la obra del crítico francés, este «suivi» fue la palabra exacta que desencadenó una nueva visión de la literatura de Brasil.³⁶

Sin negar la importancia del trabajo de Denis, lo que se puede observar es que en su presentación la literatura brasileña aún aparece vinculada a la de Portugal. El famoso «suivi» de Denis confiere, sí, cierta autonomía a las letras del Brasil, pero, haciéndolas seguir a las de Portugal, les atribuye posición complementaria, cuando no subordinada. El estudio de la literatura brasileña está visto, en suma, como apéndice del examen de la literatura portuguesa.

Es en este punto en el que el ensayo de Valera se revela absolutamente innovador. *De la poesía del Brasil* desde el título trata de la poesía brasileña, y exclusivamente de ella. Por primera vez, en Europa, se proclamaba claramente que el conocimiento de las letras de Brasil dispensaba el estudio previo de las de Portugal.

34 PB, p. 36.

35 Ibidem

36 Maria Helena Rouanet, *Eternamente em berço esplêndido*, São Paulo, Siciliano, 1991, p. 175.

Valera es el primero en anunciar que Brasil ya contaba con una literatura merecedora de estudio por sí misma.

Para percibir el alcance de su contribución, basta observar que sólo mucho después de su ensayo otros europeos tratarían de modo autónomo el estudio de la literatura brasileña. El primero de ellos, Ferdinand Wolff, publicaría en Berlín *Le Brésil littéraire - Histoire de la Littérature Brésilienne*. Pero esto ocurre en 1863, o sea, cinco años después de aparecer el ensayo de Valera.

Queda patente, en conclusión, el lugar extraordinario que compete al ensayo de Valera. Si en Denis encontramos la afirmación de la literatura brasileña como realidad distinta, en Valera, y por primera vez en Valera, encontramos la afirmación de la literatura brasileña como realidad independiente. Realidad que encuentra más semejanzas con las de los otros países americanos que con la de su antigua metrópoli europea. Realidad que hay que examinar entre las literaturas americanas. Percepciones pioneras, por tanto, las de Valera, cuyo ensayo sólo en la escasa fortuna crítica es inferior a los escritos en otros idiomas. Es de esperar, pues, que se empiece a dar a su autor el lugar debido entre los patriarcas de la historia literaria brasileña y del moderno diálogo cultural entre España y Brasil.